

PRÓLOGO

Los académicos que asistimos al XXVII Congreso Internacional de la Latin American Studies Association en Montreal durante la primera semana de septiembre de 2007, no pudimos sino recordar una época remota. Aquella en que en su famosa conferencia de 1989, Francis Fukuyama le asignó a la humanidad un único puerto de arribo: la economía de mercado y la democracia liberal y representativa. Signo de los tiempos que vivimos, uno de los momentos estelares de dicho congreso, fue la conferencia del vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera. Éste contó que antes de llegar a Montreal había estado en Washington y allí había tenido la oportunidad de saludar al famoso académico y asesor político estadounidense. Refirió que uno de sus asistentes le había sugerido que le hiciera una broma a Fukuyama saludándolo con estas palabras: “¿Cómo está Dr. Fukuyama? Aquí lo saluda la historia”. La anécdota de García Linera a propósito de Fukuyama, nos hace recordar que hemos vivido en los últimos 30 años una época de vertiginosas catástrofes de paradigmas que en algún momento se postularon como destinos de la humanidad. En efecto, resulta arcaico y remoto el modelo del socialismo

estatalista que en un momento se denominó *socialismo real*. Pero de manera asombrosa, también resulta remoto el optimismo neoliberal de Fukuyama que no fue sino la expresión del sentir de los grandes poderes triunfantes después del fin de la Guerra Fría.

Vistas bien las cosas, eso de asignarle a la humanidad un derrotero final siempre ha sido una tontería. Ya lo era cuando dicho destino era postulado como el ineluctable triunfo de la revolución socialista. Pero también lo fue cuando grandes pensadores cayeron en esa tentación: Comte y la etapa positiva, Spencer y la era industrial, el mismo Hegel con su sistema filosófico como totalidad cerrada. Con estos antecedentes, el planteamiento de Fukuyama tenía grandes probabilidades de estar destinado al fracaso. Lo que resulta sorprendente es que en menos de un cuarto de siglo dicho fracaso haya empezado a ser evidente. ¿Estamos observando una crisis terminal del neoliberalismo y por tanto nos encontramos en el umbral del posneoliberalismo? Podemos hablar del fracaso del neoliberalismo si recordamos las promesas que desde siempre se hicieron en la teoría de Milton Friedman y luego en la práctica de su economía política: la economía de mercado elevaría la productividad que se encontraba atada por el estatismo y el asistencialismo del Estado de bienestar; la elevación de la productividad ocasionaría que la riqueza se derramase para el conjunto de la sociedad y por lo tanto se resolverían las carencias sociales; finalmente, en el contexto de una economía de mercado, la democracia se convertiría en algo indispensable si no es que inevitable.

Algunos académicos cuestionan la idea de que el neoliberalismo se encuentre enfrentando un fracaso: finalmente con dicho modelo económico las ganancias

para el gran capital han sido estratosféricas y han generado en los países en donde se ha aplicado, una cúpula empresarial de altísimo nivel. Pero si recordamos que el neoliberalismo se planteó ser no solamente una política económica, sino también una concepción del mundo, la última que presenciaría la humanidad, puede abundarse en la argumentación sobre su fracaso. En lo que se refiere a solución de la pobreza y elevación de los indicadores sociales las cifras son mediocres o francamente malas en todos los países en los cuales la doctrina neoliberal se aplicó: desde Bolivia hasta Rusia, desde Polonia hasta los países del sudeste asiático.

El neoliberalismo prometió una bonanza económica expresada en altas tasas de productividad y hoy puede decirse que el crecimiento del PIB en América Latina se mide en tasas menos que mediocres. El neoliberalismo prometió estabilidad política y la realidad nos indica que aproximadamente 16 presidentes en América Latina han sido derrocados por las rebeliones populares que han provocado las políticas económicas neoliberales. El neoliberalismo prometió también democracia y el resultado de las transiciones no resulta halagador en América Latina. El neoliberalismo también criticó al “Estado obeso” y corrupto que el “populismo” había creado y prometió un Estado probo, mínimo y “musculoso” y lo que ahora observamos en América Latina son Estados donde ha campeado la corrupción, ciertamente fuertes en lo represivo, pero plagados de *vacíos estatales* que son llenados por poderes informales de carácter perverso.

Es este contexto en el cual han surgido vastos movimientos sociales, algunos de los cuales se han articulado en exitosas propuestas electorales con un

horizonte posneoliberal. Dos décadas después de que el fin de la Guerra Fría, la crisis del Estado de Bienestar y el colapso del socialismo real, hicieron posible que se planteara que no había mundo posible más allá del capitalismo neoliberal, desde los movimientos sociales, la protesta popular y la lucha electoral, estas verdades antaño indiscutibles se han empezado a cuestionar. Han surgido gobiernos que han sido la continuidad de movimientos políticos y sociales construidos en referencia crítica al neoliberalismo. Podemos decir con cautela que acaso estemos ante la posibilidad de un horizonte posneoliberal. O para decirlo con otras palabras: tal vez estemos en el umbral del posneoliberalismo. Lo que se construya después del neoliberalismo todavía no aparece claro y acaso es inevitable que así suceda. Las nuevas sociedades se construyen en el camino que se hace para construirlas.

Éste es el contexto que ha motivado los tres ensayos que constituyen este texto. Los hilos conductores que los atraviesan son la crisis del neoliberalismo antes apuntada, la emergencia de amplios movimientos sociales que transitan al ámbito de la política y el arribo de la izquierda al gobierno del Estado. En este conjunto de ensayos se examina el caso mexicano en el cual observamos dos de los tres elementos antes apuntados: una crisis del neoliberalismo y el surgimiento de un movimiento político y social, el *lopezobradorismo*, no así el tercero, el cual fue frustrado por un viciado proceso electoral. En el ensayo “Resistencia civil y ‘gobierno legítimo’ en México” se sostiene que el auge del movimiento *lopezobradorista* institucionalizado en el “gobierno legítimo”, se sustenta en la crisis de hegemonía que ha provocado el fracaso neoliberal en México y en la crisis de legitimidad que enfrenta el go-

bierno mexicano después del proceso electoral de 2006. Aquí no se trata de una izquierda que llega al gobierno, sino que en el marco de una resistencia se declara “gobierno legítimo” y disputa palmo a palmo la hegemonía a un gobierno que se considera espurio.

En “Álvaro Colom, límites e incertidumbres de la socialdemocracia en el gobierno de Guatemala”, se examina también el caso guatemalteco. En Guatemala se expresa la crisis del neoliberalismo no por medio de un vigoroso movimiento social que conduce a una crisis hegemónica al neoliberalismo, sino a través del sendero hacia un *Estado fallido*. Dentro y fuera del país en un momento se interpretó la llegada a la presidencia de Álvaro Colom, como el arribo de una izquierda socialdemócrata al gobierno. Se sostiene que dicho gobierno tiene grandes limitaciones en lo que se refiere a ser conceptualizado como socialdemócrata o de izquierda: no es la continuidad de un extendido movimiento social, se enfrenta a formidables poderes fácticos, no está sustentado en una economía fuerte y finalmente se encuentra inserto en un Estado lleno de precariedades.

Casi todo lo contrario sucede en los casos de Venezuela, Ecuador y Bolivia tal como se postula en el ensayo “Izquierda y Gobierno en los países andinos. ¿Populismo o revolución?” La arremetida conservadora e imperial contra los procesos en esos países, califica a los mismos como expresión de populismos arcaicos y autoritarios. Sin embargo, lo que se observa en dichos países, sobre todo en lo que se refiere a la emergencia popular, ¿no nos sugiere la posibilidad de que acaso estemos ante una transformación revolucionaria? Los gobiernos de Chávez, Morales y Correa son continuidad de un largo proceso de protestas y

movilizaciones sociales y estas protestas y movilizaciones han creado una nueva correlación de fuerzas en el seno de la sociedad. Estas correlaciones de fuerzas se manifiestan en mayorías electorales las cuales han ganado la presidencia de la república y se constituyen en una fuerza significativa en el poder legislativo. Así las cosas el Estado se ha convertido en una zona de disputa por el poder político ante los poderes tradicionales, que acompaña a una subversión de las relaciones sociales entre dominantes y subalternos. El incremento del gasto social, la búsqueda de una democracia participativa y el desafío a la hegemonía imperial de Estados Unidos de América complementan los hechos anteriores y todos ellos se inscriben en un horizonte poscapitalista.

¿Pueden ser calificados los procesos observados en México, Venezuela, Ecuador y Bolivia como populistas o son el síntoma de una fase posterior al neoliberalismo? Las posibilidades de una nueva sociedad enfrentan por lo demás obstáculos formidables, los cuales se expresan de manera particularmente descarada en Guatemala. He aquí los temas que se exploran en este conjunto de ensayos, animados por la intención de captar las posibilidades de la transformación social, anhelo que durante muchos años sepultó la noche neoliberal. Independientemente del derrotero final que observen los procesos políticos aquí estudiados, hoy se hace cada vez más evidente que la historia no llegó a su fin. Acaso lo que estemos observando es el inicio de un nuevo momento en la historia de la humanidad.

Carlos Figueroa Ibarra,
febrero de 2010.